

á nuestra patria; todo forma un conjunto tal de acontecimientos y de episodios, que la poesía, la novela, el drama que en ellos se inspirasen, tendrían que ser por fuerza interesantes y hermosos.—Y muy útil sería, por otra parte, que nuestros literatos escribiesen y difundiesen las biografías de los hombres notables que en México hemos tenido. ¡Cuántos héroes recuerda la historia, dignos de la más alta epopeya; cuántos industriales laboriosos y honrados que pueden servir de ejemplo á la multitud; cuántos hombres desprendidos y ameritados que dedicaron sus riquezas, su reposo y hasta su vida al servicio de la patria y de la sociedad! ¿Los conoce el pueblo? ¿Puede tener en ellos un estímulo?—¡Oh! cuando se estudia la historia de México, y se recrea uno en sus bellezas, y se descubren los riquísimos tesoros que contiene, muchos vírgenes todavía, razon hay para lamentarse de que tan abandonado esté su cultivo en las escuelas y en la literatura!



## ESTUDIOS HISTORICOS

NACIONALES.



La importancia de los estudios históricos americanos no puede desconocerse ni ser negada por nadie. Descubierta un mundo nuevo por Colon; conquistado despues por una raza de héroes; civilizado en seguida, engrandecido y cambiado totalmente en su sér moral por unos cuantos misioneros que serán la perpétua admiracion de la humanidad; convertidas luego las fuentes de barbárie y de la más repugnante idolatría en saludables veneros de paz y bienestar; modificadas las costumbres, destruidas las monstruosas creencias; organizadas en familias las tribus ántes separadas por el ódio y el rencor; formada una sola nacion con los diversos pueblos diseminados en territorios inmensos; confundidos, por último, en un solo interés los intereses de todos, con leyes y costumbres nuevas, con grandes y nobles aspiraciones para lo porvenir, el mundo americano despierta

y despertará siempre en todos ansia inextinguible de conocer su historia. Desea estudiarla el estadista para saber dar leyes convenientes y eficaces á estos países, donde todavía se cuentan millones de indígenas, descendientes de los primitivos habitantes del continente, y que conservan aún algo de los instintos de su raza, de la noble y altiva independencia de su carácter. Desean estudiarla también el poeta y el artista, para inspirarse en aquellos sucesos interesantísimos, en aquellas luchas heroicas entre una religion suave y de paz, y otras llenas de absurdos y ritos horrorosos; entre los apóstoles de la caridad y el amor, y los sacerdotes que inmolaban víctimas humanas; entre los albores virginales y purísimos de una época que el cristianismo haría dichosa, y las negras sombras del error en que habían estado envueltos hasta entonces los pintorescos países de los Moctezumas y los Incas. Y al historiador, grave y profundo siempre en sus meditaciones, ¡qué campo tan rico, generoso y fecundo se le presenta en la historia de estos pueblos, para emprender provechosísimos trabajos! ¡Cuántos episodios tiene que referir, ya con la sencilla y candorosa pluma del cronista, ya con el buril severo del gran Tácito; episodios y sucesos que al mismo tiempo que pueden recrear al lector frívolo y vano, pueden hacer meditar al filósofo! ¡Cuántas cuestiones de trascendental importancia le convidan á examinarlas detenidamente, á descifrar manuscritos, á interpretar códices, á estudiar y leer una y cien veces crónicas antiguas! Porque todo lo que entonces se hizo fué raíz de la sociedad

actual, y nada hubo en aquel tiempo que pueda hoy ser indiferente al que trate de descubrir la verdad.—La fundacion de una iglesia ó de un convento, de una escuela ó de un hospital, estaban íntimamente ligadas al porvenir y engrandecimiento de la raza conquistada; no eran manifestaciones del fanatismo de la época, como creen algunos llevados de su ignorancia, ingratitud ó mala fé; no significaban tampoco alardes vanos de la riqueza y poderío de los vencedores; no. Eran, por el contrario, asilos santos donde se enseñaba al indio á buscar el consuelo de sus penas, donde se le acostumbraba al trabajo, donde se le daba el sabroso pan y la benéfica luz de la instruccion, donde se le curaba de sus dolencias con una blandura y suavidad que no había conocido. Casas de bendicion eran aquellas que sucesivamente iban dando á la patria varones sabios, prez y honra de la América; prelados insignes, que se extendían por la tierra llenos de ardor apostólico, para llevar á sus hermanos los tesoros preciosos de la piedad y de la fé; hombres de paz, en fin, que hallaban dulce deleite en la práctica del bien, que discutían en los consejos de gobierno, que daban leyes y reglamentos, y que atentos siempre á la felicidad de todos, indicaban prontamente las disposiciones que debían tomarse.

Sin duda los primitivos misioneros, y más tarde todos los gobernantes de la América española, comprendieron el sumo interés que para el historiador futuro tendrían tales trabajos, pues quisieron que quedase memoria de ellos, no simplemente para mostrar el cariño y predileccion

que estos pueblos les merecieron, sino tambien, y en especial, para facilitar su conocimiento y el de sus necesidades. Hé aquí por qué en aquellos siglos, y sobre todo en el XVI, en que se trató de dar forma, y se dió, á numerosos pueblos que no la tenían ni la habían tenido acaso, se escribieron tantas *crónicas é historias*: hé aquí por qué fué éste el primer ramo de literatura que se cultivó en el Nuevo Mundo. Toca á la bibliografía formar una noticia exacta y completa de todo lo que entónces se escribió; y en cuanto á México, bastará recordar algunos nombres de los que principalmente se distinguieron por sus obras.

Ocupan el primer lugar los cronistas, que los hubo entre los mismos conquistadores, y entre los santos varones que luego vinieron á consumar la victoria por medio de la cruz y la palabra evangélica; como Bernal Diaz del Castillo, Gomara, Oviedo, el Padre Durán, Sahagun, Motolinía, Las Casas, etc.; y multitud de cronistas particulares: Larrea, Arlegui, Espinosa, Arriçivita, Medina, Dávila Padilla, Remesal, Beaumont y Mota Padilla.

Hubo otros escritores, cuyas obras demuestran más orden y cuidado: Torquemada, Betancourt, Acosta, Pedro Mártir de Anglería, etc.; y al llegar á siglos posteriores, obsérvase con pena que no fué ya tan vivo ni tan ardiente el entusiasmo por los estudios históricos: tan sólo D. Carlos de Sigüenza y Góngora, D. Mariano Veytia, Clavijero, Cavo, Leon y Gama, y algunos otros, volvieron á emprender laboriosas investigaciones, dejando varios manuscritos no-

tables. Veytia escribió una *Historia de México*, que dejó sin concluir, pero que muchos años despues completó y publicó el literato mexicano D. Francisco Ortega; y Leon y Gama dió á luz en 1792, una erudita disertacion histórica á propósito de “dos piedras que se hallaron en la plaza principal de México el año de 1790” \*; distinguiéndose tambien, y mucho, el Sr. Dean de la Catedral de México, D. José Mariano de Beristain y Souza, cuya famosa *Biblioteca Hispano-Americana*, publicada en esta ciudad el año de 1816, es hasta hoy el único catálogo de escritores que tenemos, y que, no obstante sus defectos, puede calificarse de precioso por su riqueza y lo raro de sus noticias. D. Carlos María de Bustamante vino despues; publicó manuscritos hasta entónces inéditos, y reimprimió obras ya publicadas, anotándolas; pero por desgracia, su extraño carácter, mezcla incomprensible de candor y de malicia, unido á ciertas preocupaciones que le apartaban de la serena imparcialidad del historiador, hicieron que sus trabajos no tuvieran la importancia que era de desearse; han venido á ser completamente inútiles y aún perjudiciales, porque todo lo desarregló y confundió, cortando los textos ó adulterándolos donde mejor le parecía.

En 1844 y 1849 D. Lucas Alamán dió á la estampa sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, hasta la independenciam; y en 1849 y 1852, su *Historia de México* desde 1808 hasta 1821; y aunque algunos no conce-

(\*) Una de estas piedras fué la que generalmente se conoce con el nombre de Calendario Azteca.

den autoridad á estas obras, fundados en que el autor es muy parcial en favor de España, yo creo que la tienen muy grande, y que con ellas el Sr. Alamán hizo adelantar mucho entre nosotros los conocimientos históricos. La diligencia que pone en rectificar errores, la abundancia de los documentos nuevos que presenta y examina, y otras circunstancias que recomiendan ambas *Historias*, las hacen dignas, á mi juicio, del estudio y de las consultas del sabio.

Antes de las guerras civiles de la Reforma, abundaban en México elementos para emprender obras acerca de la historia patria: las bibliotecas de los conventos eran riquísimas en manuscritos, códices, libros impresos en los primeros años de la dominación española en América, verdaderos tesoros bibliográficos que sólo allí se encontraban; y si bien existían en Europa, diseminados en bibliotecas públicas y particulares, otros muchos preciosos materiales que nuestra historia reclamaba, la verdad era que los que aquí poseíamos bastaban para satisfacer, hasta cierto punto, el afán del más celoso, diligente y curioso investigador. Prescott, en efecto, no dejó de aprovecharse de ellos para escribir su celebrada *Historia de la Conquista de México*, aunque es cierto que consultó también los principales archivos de la Península.

Suprimidos los conventos por las leyes de Reforma, confiscados los bienes del clero y cerradas sus bibliotecas, natural era que lo más estimable de ellas pereciera en el naufragio, y que muchas obras se perdieran para siempre; de manera que si ántes encontraban dificultades

para sus consultas los aficionados á los estudios históricos, hoy, debido á aquella circunstancia, tienen que tropezar con otras verdaderamente insuperables. Muchos manuscritos de nuestros cronistas primitivos, y diversas obras de que sólo se tenía noticia, pasaron desde su tiempo al Archivo de Indias, al de Simancas, á las Bibliotecas de Viena, del Vaticano y de Londres; y algunos de los que más tarde se descubrieron en América pasaron también á manos extranjeras; y hoy, para dar con ellos y servirse de sus noticias, tienen que emplearse trabajos, investigaciones y gastos enormes, muchas veces inútilmente.

Sin embargo, y á pesar de estas dificultades, se han publicado en México numerosas obras históricas, de más ó menos mérito, pero que han enriquecido la bibliografía nacional de una manera notable, y las cuales demuestran que nuestra historia ofrece campo vastísimo y fecundo á los que se deciden á cultivarla.— Merecen citarse, entre muchas, las publicaciones del Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, para las cuales todo elogio aparece siempre corto, pues en ellas abundan documentos raros y originales, y observaciones atinadas y oportunas, que casi siempre dejan agotada la materia á que se refieren. D. Alfredo Chaverro, el finado Sr. Orozco y Berra, D. José M. Vigil, D. Francisco Sosa, el Sr. del Paso y Troncoso, el Sr. Hernández y Dávalos, el Dr. Nicolás León, de Morelia, y otros muchos que sería largo citar, han contribuido también con sus obras al enriquecimiento de la bibliografía histórica nacional. Han necesitado

de gran perseverancia y de no escasos sacrificios para hacerse de documentos inéditos ó de libros raros, con los cuales han dado interés á sus escritos y bibliografías.

Por otra parte, las publicaciones hechas en el extranjero, especialmente en España, sobre asuntos históricos americanos, algo han contribuido tambien á dilucidar muchos puntos y á impulsar esta clase de estudios. Las *Cartas de Indias*, por ejemplo, que es un libro monumental y costoso, encierra tesoros de inestimable valía, que han sido estudiados con esquisita diligencia por nuestros escritores y bibliógrafos.

De desearse es, pues, que las aficiones á los estudios históricos nacionales no se pierdan entre nosotros, ni nadie se desanime á proseguirlos, por grandes que sean las dificultades con que haya que luchar.

La literatura ganaría mucho en ello.



## BIOGRAFÍA DE PESADO

POR D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

### I



OS años huyen, los hombres desaparecen, las sociedades se modifican y renuevan; y del tiempo, de los actores y de la escena del mundo no van quedando recuerdos y datos sino en la historia, sin la cual los sucesos y personajes de una época no podrían servir de enseñanza y ejemplo á las nuevas generaciones. Pero, teniendo que atender la historia al conjunto de los hechos y personalidades que más directamente han influido en la marcha y la suerte de la humanidad, deja á la biografía el estudio del carácter y acciones de las individualidades que en cada pueblo se han distinguido, para aprovecharse de lo más importante de su labor, á semejanza de un río que se va engrosando con sus afluentes. Son, pues, los estudios biográficos parte del archivo que el historiador utiliza, y, sabido su destino, se comprende el espíritu de verdad y justicia que debe animarlos.”